

VIGILIA PASCUAL

Homilía

Catedral Buen Pastor (Donostia)

30 de marzo de 2024

“Exulten los coros de los ángeles (...) Goce la tierra, inundada de tanta claridad. Que se sienta libre de la tiniebla (...) Alégrese también nuestra madre la Iglesia, revestida de luz tan brillante (...) Porque esta es la noche en que el Señor sacó de Egipto a nuestros padres; la noche que disipó las tinieblas de los pecados con el resplandor de una columna de fuego; la noche en que nosotros, pecadores somos restituidos a la gracia (...) ¡Qué noche tan dichosa!... Noche santa, que ahuyenta los pecados, lava las culpas, devuelve la inocencia a los caídos y la alegría a los tristes” (Cf. pregón pascual).

Queridos hermanos. Sí, esta es la noche en que la Luz de Cristo hace que todo tome una nueva luz, un nuevo color. Por eso, decimos, esta noche es clara como el día.

La liturgia de esta Vigilia es preciosa. Está llena de símbolos. Es una vigilia para disfrutar, para contemplar, para renovar la fe, para celebrarla, para fortalecer nuestra esperanza.

Hemos comenzado la vigilia a oscuras, bendiciendo el fuego, encendiéndolo y pasando simbólicamente de las tinieblas a la luz con el Cirio Pascual como protagonista. El Cirio Pascual es el símbolo principal esta noche. Noche en que pasamos de las tinieblas a la luz. El Cirio nos acompañará todo el año, especialmente en el tiempo de Pascua, hasta Pentecostés, pero después, lo encenderemos cada vez que celebramos un nuevo bautismo y también cada vez que celebremos un funeral. El Cirio representa la “Luz de Cristo”. Así lo hemos cantado al procesionar en el lucernario, después de decir que él es el principio y el fin de todo, que suyo es el tiempo y la eternidad, confesando que nada se escapa de su mano, que es el Señor del mundo y de la historia.

Es la “Luz de Cristo”. No es una luz cualquiera. Sabemos que no vemos la luz. Lo que sucede, más bien, es que “vemos en la luz”. Gracias a que hay luz, podemos ver. Cuando no hay luz, estamos a oscuras. Es lo que hoy recordamos en esta Vigilia. La luz de Cristo nos permite ver las cosas de una manera nueva, diferente. A la luz de Cristo, las cosas toman un nuevo color, una nueva perspectiva. Es lo que vamos a simbolizar también en los bautismos que vamos a celebrar en esta vigilia: cómo, a la luz de Cristo, somos criaturas nuevas, nacemos a una nueva forma de vivir. A la luz de Cristo, no hay tinieblas que puedan con nosotros. La fe nos alumbra y nos abre a una vida completamente nueva.

Las lecturas que hemos escuchado nos han ido guiando por la historia de la Salvación. Una historia en la que la noche va dejando paso a la luz de Cristo. Un largo camino en el que acompañados de la mano de Dios, nos hemos ido abriendo a esta nueva vida en Cristo. Hemos hecho un recorrido desde la Creación, en la que hemos visto cómo “Dios de la nada creó el mundo” (por cierto, lo primero que crea Dios es la Luz), pasando por el libro del Éxodo en el que hemos recordado que «este Dios que creó el mundo es quien nos salvó de los egipcios, es nuestro libertador» (aquel gran acontecimiento de la Pascua sucedió también de noche, como de noche sucedió el nacimiento de Jesús). Hemos escuchado también a los profetas: «os daré un corazón nuevo», anunciándonos la promesa de una

nueva vida, renovada por la promesa. San Pablo nos ha hablado de cómo a la luz de Cristo somos criaturas nuevas, cómo la fe nos cambia la vida y hace que dejemos atrás al hombre viejo que todos llevamos dentro. La liturgia de la palabra ha culminado con el anuncio de la resurrección a aquellas mujeres temerosas que iban al sepulcro a embalsamar un muerto. Toda la liturgia de hoy nos habla de ese paso de la noche al día. De la desesperanza, a la esperanza de algo nuevo.

La piedra del sepulcro era una piedra muy grande. Puede existir en nosotros una suerte de impulso que nos lleva a preguntarnos, antes que nada, por las dificultades y por los obstáculos que nos impiden pensar más allá. La piedra nos amenaza, nos hace dudar, obstaculiza abrirnos a la nueva luz de Cristo resucitado. Como a las mujeres, el amor nos mueve, pero la duda nos paraliza.

En nuestra vida, tantas veces hay una parálisis como esa, que nos mata la sorpresa del encuentro. En nosotros tantas veces anida una tendencia como a clausurar la historia y, sin querer, caer en la tristeza, en el fracaso, en el preferir la piedra. A veces los fracasos se nos acumulan y pensamos que no hay remedio, vamos como acostumbrándonos y se nos embota la memoria y se difumina en nosotros la promesa. No vemos en la vida más que la piedra, la losa. Nos olvidamos de que nuestra historia con Dios es una historia de salvación, de que Dios nos ha prometido que estará con nosotros todos los días hasta el fin del mundo. Cuando nos sucede esto, algo no está sano en nosotros. Somos creyentes. Somos gente de Pascua, no de sepulcros. Necesitamos volver a escuchar la buena noticia: Ha resucitado. Necesitamos de ese encuentro que mueva las piedras y nos abra a la esperanza. Hoy celebramos que la luz vuelve a triunfar en esas noches nuestras, noches de miedo, de tentación y de prueba, noches en que no acertamos a vivir la esperanza.

Celebramos que el Señor sigue velando como aquella noche en Egipto. El Señor sigue diciéndonos: no tengas miedo. No te cierres en el sepulcro. Ábrete a la alegría de la resurrección. Ábrete a la luz de Cristo. Verás que todo toma un nuevo color. Atrévete a ver toda realidad y toda tristeza a la luz de Cristo. Dios es mucho más fuerte y poderoso que todos los problemas, incluso que la muerte. Pero has de cambiar la mirada y la dirección, como María Magdalena, Salomé y María la de Santiago. El anuncio de la Resurrección cambia la dirección de aquellas mujeres: en vez de ir al sepulcro, han de volver a Galilea. Hay que cambiar y enfocarse en otra dirección.

El evangelio nos narra que el joven vestido de blanco les dice a las mujeres que digan a los discípulos y a Pedro que “el Señor va por delante de vosotros a Galilea”. El Señor nos precede siempre. Él se nos adelanta. Verás que en Galilea sucede que no es que te encontrarás con él, sino que será Él el que se encuentra contigo. Es él el que nos busca primero, se adelanta y nos espera en la Galilea de cada día. Esa Galilea que es el lugar donde estamos habitualmente, el lugar donde vivimos nuestra vida ordinaria. Es el lugar donde un día comenzó todo, el lugar del primer encuentro con Jesús, en el que como Pedro y Juan escuchaste: “Ven y sígueme”. El encuentro que cada uno guarda en algún lugar de su corazón, aquel momento en que exclamamos con admiración, como aquellos discípulos: “hemos visto al Mesías”.

Seguro que aquellas mujeres, los discípulos y Pedro apretaron el paso para llegar a Galilea cuanto antes. Aprieta tú también el paso, no te quedes paralizado ante esa piedra por grande que te parezca. No hay piedra que selle la fuerza de la Luz de Cristo, que una y otra

vez es capaz de renovarte y de cambiar las cosas desde dentro, porque es capaz de cambiar nuestra mirada y nuestro corazón.